

para que lo sepa usted, ese es el mejor torero que ha parido madre ¡eal... ¡Pero el *indino* nos da á lo mejor unas tardecitas!...

—Cristiano, y si estuviera siempre superior, ¿de qué iban á comer los demás toreros?

Mi interlocutor había definido bien al gran torero.

Rabia ó entusiasmo.

Cumbre ó abismo.

El único.

¡¡¡El Gallo!!!

## VIII

### El Capitollo, La Roca Tarpeya y El Trono de Júpiter.

Al fin un día, pasados unos años duros y difíciles, en que fueron inútiles cuantas tentativas hicieron los bombistas para vencer la resistencia de Mosquera y dar al amor propio de *Bombita* la satisfacción de presentarse, siquiera una vez, en el ruedo de la plaza madrileña en una de las mil corridas benéficas que proyectaron sus incansables é inquietos amigos para imponerle á la terquedad del empresario, le fué levantada á *Bombita* la sentencia de destierro, y el torero pudo volver á pisar el ruedo de la plaza llave.

Pero ¡cuántas mudanzas había traído el tiempo!

Todo parecía igual y, sin embargo, todo había cambiado.

Hubo un hecho significativo en el segundo año de ausencia de *Bombita* que debió volver la vista á los que todavía no tenían declaradas las cataratas.

*Bombita* y *Machaquito* llevaban un año sin torear en Madrid. Durante él no transcurrió un solo día sin que sus nombres fuesen ensalzados, exaltados y jaleados por toda la prensa. A creer lo que se leía, la fiesta nacional iba á morir en Madrid; el templo se venía abajo por la falta de sus dos columnas más firmes.

Era cosa de unos días, pero infalible. Ó transigían Mosquera y Retana, ó sobre la cerrada puerta del circo de la Diputación provincial habría que colocar la inscripción definitiva R. I. P. que tantas veces le pusieron á *Gallito* los bombistas.

En tales condiciones, con la afición muertecita de ganas de ver á sus ídolos, "los dos únicos toreros", se anunció con un maravilloso concierto de bombo y platillos la celebración de una gran corrida de toros en la magnífica, alegre y coruscante plaza de Vista Alegre (Carabanchel Bajo), á la que el revisterismo bombista llevó lo que por el respeto que á todos nos merece no debió llevarse nunca.

En esta corrida dicho se está que torear *Bombita* y *Machaquito*, para dar en la cabeza á Mosquera y obligarle á hacerles entrega al final de la fiesta de las llaves de su plaza. Una especie de cuadro de "las lanzas" taurinas.

Todos los revisteros golpeamos de firme el parche para anunciar aquella corrida. Yo me metí por contera y duramente, más duramente que nadie, con el "hombre de las gafas", el enemigo común, Mosquera, en fin.

Pero D. Juan no sabía lo que era arredrarse, y el galleguito contestó al reto de Vista Alegre, anunciando en Madrid para el mismo día y hora una corrida de ocho toros de Miura, con Vicente Pastor, el *Gallo*, *Bienvenida* y *Manolete* de matadores.

—Vamos á ver con quién está el público— dijo el orensano.

Y para que no cupiese duda, por la mañana se habían agotado los billetes en Madrid, y por la tarde, al hacer el paseo las cuadrillas, el público, caso extraordinario, hizo una ovación á la Empresa.

En cambio á la misma hora, aunque no muchos, sobraron billetes en Carabanchel.

Sin embargo, los bombistas no quisieron aprovechar la lección, y cuando el *Bomba* volvió á la plaza de Madrid, ciegos para las mu-

danzas de los tiempos, ignorando el partido enorme que se había creado Vicente Pastor, y no queriendo reconocer la impresión que en el público había hecho el toreo arte, el toreo verdad del *Gallo* que había venido á descubrir cuanto había de falso en el toreo de *Bombita*, posesionáronse de la plaza, una vez más dejáronse guiar por su soberbia, y al oír los vitores y aclamaciones con que ellos mismos recibían al *Bomba* y las muestras de simpatía con que le acogieron los que recordaban sus alegrías de otra época, creyéronse como antes los amos, y si no se desmayaron de gusto al ver cómo se le concedía de Real orden á *Bombita* una oreja de bienvenida, fué porque necesitaban de toda su persona para hacer alarde de su victoria en todas partes.

“Porque tienen ojos y no ven, oídos y no oyen”.

Sin embargo, los observadores desapasionados no se engañaron sobre la situación de las cosas. Á raíz de la firma de las paces entre Mosquera y *Bombita*, victoria que los bombistas atribuían á su torero, y que no lo fué sino del empresario que le desterró cuando le plugo y le volvió á traer cuando le convino, me encontré un día en la calle con alguien de extraordinaria significación en el campo bombista.

—Que sea enhorabuena—le dije.—Ya tiene usted en Madrid á su torero... Aunque, si usted me lo permite, le diré que pienso que hace un disparate con volver á esta plaza. ¡Con lo fácil que le era, gracias á la bondad de *El Liberal*, torear en Madrid sin torear en Madrid!...

—Pienso exactamente lo mismo que usted. *Bombita* debió volver antes. Cuando *Machacuito*. Y de no haberlo hecho entonces, no hacerlo nunca hasta su despedida. Si yo tuviera influencia sobre él así le hubiese hablado; pero, ya sabe usted cómo son los toreros: oyen á todo el mundo, y luego hacen lo que les parece, ó siguen el peor consejo

—Allá él; pero ahora, con *Machaco*, que ha vuelto más corajudo que nunca; con Vicente, que aprieta como un acreedor impaciente, y, sobre todo, con el *Gallo*, que canta mejor que la Patti y que ha enseñado á la gente lo que es el arte de torear, le va á ser muy difícil la pelea.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que llegó una tarde en que le dieron en la plaza de Madrid una oreja á *Gallito*.

La Empresa tenía una corrida de aparatosos Bañuelos, que, según pública voz y fama, no quería torear otro torero que había marcado en su contrato las ganaderías con quien podía úni-

camente entenderse, y le echaron esta corrida á *Gallito*, que nunca pregunta de quién son los enemigos que le disponen.

Y con un toro de esos, un colmenareño abundante de cuernos y profuso de carnes, para que nadie le pudiera poner tacha, se llevó el día 2 de Mayo de 1912 Rafael Gómez Ortega, alias el *Gallo*, la oreja que diríamos mejor ganada en la plaza de Madrid, si trece días después no hubiese mejorado esta faena, que entonces se juzgó insuperable, el mismo inacabable artista.

La concesión de este premio á *Gallito* la veía venir la afición desde mucho tiempo antes que se otorgase la primera.

¡Cuántos años llevábamos oyendo al salir de los toros, en esas tardes malas de *Gallito*, hacer á los aficionados la profecía de lo que ocurrió el 2 de Mayo!

—¿Ves tú este hombre qué mal ha estado?... ¡Pues luego el grandísimo ladrón vendrá una tarde y se llevará la oreja mejor ganada en esta plazal

—Pero, que no se te vaya de la cabeza, que es la *chipén*, *chipén*.

Y la *chipén* fué con un colmenareño de veintiocho arrobas largas y dos cuernos más largos que un día desgraciado.

“Dos trenes de mercancías *empalmas*”, que dijo el clásico.

¿Qué se habían ustedes creído, que este gitano iba á llevarse la oreja con un torillo de mazapán?

No, señor; con un toro grande, con cuernos... y por sufragio universal, unánime, que es en los toros la *chipén*.

*Gallito*, el *Gallito* que jamás puso dificultades á las empresas por razón de la procedencia del ganado, el *Gallito* que ha venido á torear sin protestas ni inconvenientes todas las corridas de Miura que han tenido á bien echarle; el *Gallito* de aquella famosa corrida de don Eduardo en que un exagerado del bando enemigo le puso en el primer toro el *R. I. P.*, para luego tener que resucitarle, según dije en otra ocasión, con un repique general de campanas tocando á gloria, no podía cortar la oreja en un toro de mantequilla con pitones de alfeñique.

Nadie; ni los más encarnizados antigallistas, discutió la justicia con que fué concedida á *Gallito* la oreja del toro “Peluquero”.

He aquí la historia verídica de aquel suceso feliz tal como, sin faltar un punto á la verdad, que siempre he respetado, la fué relatando aquella tarde, á medida que se desarrollaba,

esta pluma gallista por la gracia de Dios y la gitanería del *Gallo*:

„QUINTO.—*Peluquero*, retinto, gordo, alto de agujas, „grande, el mayor de todos, y ¡ay! con las bayonetas de „tres regimientos en la cabeza.

„Una mala cabeza.

„Da *Gallito* tres lances buenos y superior el último, „y el toro no quiere más.

„Otra vez vuelve á citar Rafael, y á lancear bien, y „el toro se le torna á ir.

„Cuatro varas, peleando muy bien el toro, dos caídas, „un bonito quite de Gaona, otro muy bueno de Vicente „y dos magnos, monumentales, estupendos, del amo de „esto, Rafael Gómez *Gallito*. (El delirio de palmas).

„Que se repiten al coger los palos *Gallito*, que des- „pués de varios jugueteos cuarteá un par magno.

„Una pasadita y una carrerita de adorno y otro par „bueno. (Ovación).

„Y de postre, otro par cambiándose, extraordinario, „colosal, enormísimo. (Ovación mayor que las dos de „antes).

„Y retemayor en cada uno de los estupendazos, „enormísimos, maravillosos, sublimes pases de una de „las faenas más artísticas, más toreras, más grandiosas, „más colosales, más... ¿qué sé yo cómo calificarla, si de „esto no hay memoria?

„La emoción en el público es extraordinaria.

„La plaza, en pie, sin distinción de matices ni parti- „dos, dominada por el arte inmenso de Rafael, aplaude „entusiasmada, frenética.

„Y luego media en las péndolas. El toro cae sin pun- „tilla y la plaza entera pide la oreja.

„Que le dan ahora por sufragio universal.

„El torero artista y el toreo arte, señores.

„Este es el *Gallito*.

„¡Descubrirse!

„¡Viva Madrid!

Y al final de la corrida:

„De manera, señores, que quedamos en que... Oigan „ustedes al maestro *Don Modesto*, que se acerca á mi „barrera á decirme:

„—De todas las orejas que aquí se han dado, la más „merecida de todas es la de *Gallito*“.

„¿Qué quieres que yo te diga

„Si tú ya lo dices tó?...

„¿Ustedes se acuerdan de lo que yo les he dicho „siempre?

„Cuando él quiere es el amo.

„Y ya lo han visto ustedes, sin partido, con el públi- „co aburrido y cansado, con la implacable hostilidad de „las izquierdas, las derechas y el centro, la oreja mejor „concedida en la plaza de Madrid es la de *Gallito*.

„¡*Gallito*, *Gallito* y *Gallito*!

„El cual, modestamente, se quiere escurrir cuando se „acaba la corrida por la puerta de caballos; pero el ca- „pital se apodera de él, se pelean y al fin se lo llevan „en hombros por la puerta de Madrid.

„Y de Madrid este torero“.

Todos estuvieron conformes. Ganada á toda ley y á pulso.

¡Digol! Vayan ustedes recordando:

*Gallito* [no tenía partido, pero sí enemigos; á *Gallito* se le miraba siempre con prevención; cualquier movimiento suyo era acogido con burlas y silbidos antes de que lo iniciase; lo que á otros toreros se les admite porque es de ley, y es uso, á él no se le tolera.

Ejemplo, lo que le ocurrió al lancear el primer toro de esta misma corrida. Vió la gente ó creyó ver que iba á *pensar* en huir y le chillaron..... y tuvieron que callar en el acto porque le vieron permanecer quieto en la cara del toro. Cogió luego en el mismo cornúpeto las banderillas, se le arrancó bronco, corrió *Gallito*, como todos los banderilleros en tal caso, hacia los capotillos, y le volvieron á chillar.

Y al día siguiente salieron los del bando contrario diciendo que el público le tenía á *Gallito* un cariño loco.

Locura furiosa. "Tanto te quiero, que te *apuñeo*".

La verdad es la verdad, y lo cierto es que *Gallito* sin partido, repitámoslo porque da la medida de su triunfo, con el público más predisposto en su contra que en su favor, en una corrida de toros de la "tierra", de arrobos y respeto, cortó una oreja en la plaza de Madrid, á petición unánime del concurso, y por la sola virtud de una de las faenas más enormes y ma-

ravillosas, de librador, de banderillero, de artista único, incopiable é incomensurable de la muleta, coronada con un colosal acierto de matador que derribó instantáneamente al toro con las cuatro patas al aire, como caen los toros bien muertos.

El espíritu de *Lagartijo* inspiró aquella tarde á este torero, inmenso, á este artista genial que hace un arte de lo que otros un ejercicio gimnástico.

De todas las manifestaciones de entusiasmo, con que fué premiada la labor del *Gallo*, clamores, aclamaciones delirantes, flamear de pañuelos, aplausos, etc., ninguna tan expresiva como la de aquel gabán claro que desde una barrera del 10 lanzaron á los pies de *Gallito*.

—Mire usted—me dijo luego Rafael—yo estaba emocionadísimo con las muestras de cariño y estimación de mi trabajo que me daba el público de Madrid. "¡Al fin eres mío!" me dije; pero cuando ví al "Alfombrista" tirarme su gabán y gritar agitando los brazos "¡Rafael, Rafaell!", como si más que llamarme á mí evocase otro nombre, se me subió asín una cosa á la garganta que me tuve que morder fuerte los labios para contenerme y no llorar.

—¿Cuánto tiempo hacía que no echaba usted el gabán á ningún torero?—pregunté yo

aquella noche en el Congresillo al popular descontentadizo y constante lagartijista.

—Más de diez años - me contestó.

Y á este valiosísimo testimonio agreguen ustedes este otro de *Don Modesto*, el pontifice máximo del bombismo:

“Sí, señores. *Gallito* cortó ayer tarde una oreja en la plaza de Madrid, y lo que sorprenderá á ustedes más es que el tal honor le fué concedido como premio justísimo á una faena insuperable por lo torera, por lo artística y por lo elegante.

„ESTA OREJA DEL “GALLITO” ES DE LAS CONCEDIDAS EN MADRID, LA GANADA POR MAYORES MÉRITOS, LA MAS RAZONABLE, LA INDISCUTIBLE.

„Pastor, *Machaquito* y *Bomba* que se les otorgó la misma recompensa en tardes memorables, no alcanzaron el preciado laurel de la victoria TAN Á LEY COMO “GALLITO”.

¿Qué diré yo ahora? - comenté entonces.

Yo he escrito mil veces en artículos y en ese *Libro de Gallito*, que anda por ahí, que Rafael es un artista del toreo y el mejor torero de los toreros actuales (toreros, entiéndase bien).

Cuando en ese traído y llevado libro comparaba yo á este torero con los demás he dicho, poco más ó menos, poniendo las cosas en donde deben estar:

“Á los toreros debe juzgárseles por lo bueno que hacen.

„Pongan ustedes superior á *Gallito* y superior al que sea y ajusten luego la cuenta de la distancia que hay de éste al otro.

„Ahí queda escrita para siempre y para quien pueda moverla esa faena única indescriptible, incopiable, que ayer hizo el más grande, el más genial de los toreros actuales: el torero artista.

„¿Qué luego hace esto, lo otro y lo de mas allá y tiene unas tardes malas... Volvamos á *El libro de Gallito*:

„¡Todavía se quejarán de que deje comer á los demás!

„Pues si *Gallito* estuviese siempre así, ¿con qué iban á poner el puchero los otros?

„Nombren ustedes todos los Papas y todos los emperadores que quieran. El dios del toreo es éste.

„Y ya saben sus señorías que no hay más que uno solo.

„No; no se molesten ustedes en protestar. Si lo de ayer lo ha de repetir Rafael el *divino*...

„Tiene muchos mimbres esta mimbrera, y mucho tiempo por delante el cestero”.

Una vez más, y perdóneseme la inmodestia, fui profeta; porque pocos días después de esta faena que el exbombista *The-Kon-Leche* rotuló “Helenismo taurino”, el cestero de esta historia cogió todos los mimbres de su cestería, los colores más vistosos de la paleta de Sorolla, las cintas y las sedas que *Paquin* tenía para el traje de boda de una reina y...

Pero antes...

Tómenlo ustedes como quieran y piensen como piensen, es forzoso reconocer que hay una justicia distributiva superior á la voluntad de los hombres que da á cada uno lo que es suyo, sin que esfuerzos ni habilidades puedan impedirlo.

El *Gallo* desconocido, el *Gallo* despreciado, el *Gallo* ridiculizado, el *Gallo* negado, el *Gallo* discutido, el *Gallo* estimado á medias, necesitaba una consagración definitiva, ruidosa y tan solemne que hasta los más remisos tuvieran que rendirse á la evidencia, que confesar la verdad que rehusaban y proclamar la superioridad que se obstinaban en no reconocer.

Rafael tenía su Dos de Mayo; aquella faena completa, inigualable y nunca vista con el capote, con las banderillas y con la muleta, coronada con media lagartijera monumental; pero no era bastante, aún siendo superior á todo lo que hasta entonces se había visto.

Todos los toreros buenos tienen en su historia una tarde magnífica; más ésta del *Gallo* no podía ser esa obra de la casualidad ó la fortuna que no se vuelve á repetir, ó no era el *Gallo* el torero único que habíamos visto y defendido los contadísimos aficionados que teníamos los ojos libres de telarañas.

Cualquiera de los lances de capa ó muleta

que ejecutó Rafael con el toro *Peluquero* bastaba para dar fama á un torero: el escultórico pase de la muerte con que inició la faena; cualquiera de los maravillosos naturales que hicieron rugir de asombro á la multitud emocionada; el prodigioso molinete, portento de gracia, de salsa torera, de gitanería y de elegancia, que todavía, aparte Rafael, no ha habido quien lo iguale; el primer quite; el segundo; aquel par; el otro...

El *Gallo* fué esta tarde la majestad de la línea, la gracia del movimiento, la armonía del conjunto, la plasticidad de la figura; fué Fidias y Jorge Brhummel, tuvo su obra la firmeza velazqueña del dibujo y la fantasía goyesca. Á un tiempo clásico y romántico, fundiendo en una maravilla de belleza los más antitéticos términos, hizo arte de la lucha bárbara y sangrienta del hombre y el toro.

Pero nosotros que le habíamos visto resucitar, nueva ave fénix, con un solo pase de muleta, y luego le vimos en Carabanchel, la tarde aquella en que dió la alternativa al malogrado *Serranito*, ejecutar con un toro de Olea la faena más asombrosa que hasta entonces presenciaban los aficionados, sabíamos que lo del toro *Peluquero*, era una parte mínima de lo que Rafael podía hacer, y por eso escribimos al día si-



guiente de esta tarde gloriosa aquella otra profecía: "¡Si lo de ayer lo ha de repetir Rafael el divino!.."

No pasaron muchos días cuando se cumplieron las señales.

Mas antes, porque para Rafael había sonado la hora definitiva, para que su triunfo fuese más grande, sonado é indiscutible, tuvo una derrota, una tremenda derrota.

El día 12 del mismo mes, diez días después de aquel triunfo y dos antes del famoso QUINCE DE MAYO, la cumbre del toreo, le echaron un toro al corral; un torillo que, para que todas las cosas de este hombre singular sean siempre raras, no tenía nada de particular, pero con el que Rafael no pudo, porque esta tarde salió á torear, una vez más, sin estar en condiciones de salud. Y no es esta disculpa del día siguiente, sino que la vispera, después de hablar con el médico de Rafael que le ordenaba un par de días de quietud para vencer la manifestación aquella de la enfermedad vesical que le aquejaba, que le dificultaba el movimiento, viendo venir lo que luego sucedió, publiqué una noticia curándome y curando á Rafael en salud.

Cuando los mansos hicieron su aparición en el redondel, los bombistas del 2 bajaron en

avalancha hasta mi barrera, con cierto revistero amigo íntimo de *Bombita* á la cabeza, para gritarme locos de contentos:

—¡Ey, Carballeiral ¿Se convence usted de que ese torero es muy malo, muy malo? ¿Oye usted los cencerros que lo dicen?

—Los oigo y les digo á ustedes, que con ese toro en el corral, los que tenía antes y los que le han de echar después, diez millones de *Bombitas* empalmados no llegan á cien mil leguas de distancia á este gran torero que es el mejor. ¡¡El mejor!! |||EL MEJOR!!!

Bueno, no me mataron porque en estas cosas de los toros todo lo que se alborota y se discute no es más que uno de tantos modos de pasar el rato, y porque, en lo más fragoroso de la pelea, los aficionados con práctica de estas cosas, guardan siempre, y áteme usted esta paradoja por el rabo ó por las astas, un poco de respeto para las convicciones ajenas, sobre todo en la hora amarga de la derrota, que todos pasan.

Cuando aquella noche fui á visitar á Rafael y me encontré con la sorpresa gratisima de que tenía más visitas que en la triunfal tarde del 2 de Mayo, al estrecharle la mano le dije, pesaroso y sincero:

—Bueno, Rafael, pues tú el mejor.

—No se apure usted—me contestó sereno y sin alarde.—Los toros tienen eso. Otro día me traerán en brazos hasta la fonda.

¿Quién dudaba de que aquel toro había de permanecer muy poco tiempo en el corral?

Pero lo que no puede presumir nadie es que antes de que Rafael pasase la esponja del inmediato 15 de Mayo sobre todos sus tropiezos, la pluma maravillosa de uno de nuestros primeros periodistas, del artista Tomasito Borrás, el niño prodigio, niño por sus 19 años y prodigio por lo vasto de su cultura, la solidez de su talento y la magia de su estilo, corriera gentilmente aquel maldito toro, lo torease con el mayor arte, con el arte del *Gallo*, y lo matará de una colosal estocada recibiendo, en todo lo alto y hasta la gamuza.

Tomasito Borrás había sido hasta la hora de la tarde de este 12 de Mayo en que vio á *Gallito*, uno de los más furibundos tauróforos que secundaban á Noel. Por defender y ensalzar al incansable propagandista del imposible, Borrás había tenido algunos serios disgustos. En *España Nueva* la briosa pluma de Tomasito había escrito demoledoras crónicas contra la fiesta de toros. Cuando en las charlas de redacción se hablaba de toros, Tomás se indignaba, nos increpaba, concluíamos riendo.

Y una tarde en que no tenía nada que hacer, ni sabía adonde ir le llevaron á los toros; vió al *Gallo* en desgracia y adivinó al artista, se sintió dominado por el poder, por la magia de su arte; fué desde aquel punto y hora tau-rófilo del *Gallo*, y escribió de allí á dos días, sublevado contra la injusticia de los preceptos reglamentarios, que miden con el mismo rasero al jornalero y al artista, la hermosa página literaria, retrato acabadisimo, exacto y perfecto del *Gallo*, visión certera de su arte que no resisto al deseo y al orgullo de copiar aquí:

“*Defensa del torero llamado el “Gallito”*.— Anteayer, 12 de Mayo de 1912, el primer toro (sustituto) que se lidió en la plaza de Madrid fué echado al corral por no haberle matado el torero llamado *Gallito* en el tiempo reglamentario. Con este motivo la “afición” está indignada con este lidiador, al que acusa de no poseer “vergüenza torera”.

\*\*\*

„Rafael Gómez *Gallito*, es la elegancia puesta al servicio del instinto. La línea embelleciendo la actitud. El *Gallito* no es apolíneo, ni arrogante como el *Machaquito*, ni armónico como el *Fuentes*. El *Gallito* es plástico.

„Este torero es un gitano, y por lo tanto tiene esa gallardía "postinera" que en parte es producto de la prestancia y también característica de la figura egipcia, la más bella y la más pura.

„La plasticidad de *Gallito* consiste en la gracia al andar, en lo erguido de la apostura, en la esbeltez del cuerpo y en la fisonomía.

„El rostro del *Gallo* es digno de un retrato de Lucas, el que pintó á Montes. ¿Acaso no os habéis figurado al *Gallito* en las páginas de Frank Harris? Tiene los ojos desvanecidos en una línea oblicua, que rasga los párpados y da á la fisonomía ese carácter de ingenuidad y de melancolía, que admiramos en los dibujos faraónicos. El mirar es febril, intenso. Los ojos negros del *Gallo* son unos admirables ojos de mujer. El moreno tostado, calcinado de la piel de la cara, ha invadido los labios, gruesos, abultados, la nariz es aguilena, el cuello airoso, la frente plana y despejada.

„Este torero posee el ritmo ondulanté, gracioso y armonioso del capote al revolver, extenderse, desvanecerse y plegarse. En los lances es una estatua envuelta, ceñida, acariciada por la seda. Con los brazos extendidos y las piernas bien afianzadas, marca el primer tiempo. Se revuelve instantáneamente, y la tela, magni-

fica de movimiento, compone con la figura una multiforme y rápida sucesión de visiones de armonía, de actitud bella y de gracia. Y al "rematar", tiene toda la elegancia y toda la arrogancia de un vencedor.

„El *Gallito* es la demostración de la plasticidad de los toros. Torear es equilibrar las líneas serenas de la estatua, con el movimiento forzado del momento. Es decir, que cuando el peligro es inmediato para el torero, éste, mediante la tela de su defensa, lo esquivo, poniendo en su actitud y en sus movimientos el reposo, la serenidad y la gracilidad de una escultura.

\*\*\*

„El *Gallito* además, es el torero perfecto porque torea muy bien y porque torea muy mal. La fiesta de los toros es esencialmente pasión. El *Gallito* entusiasmo ó enrrabia. Es ídolo caído y elevado, cumbre ó abismo. Apasiona.

„En la fiesta de los toros—que es pasión— el torero que apasiona, es el torero ideal. Y un torero que no apasiona es como un escritor sin originalidad.

„El *Gallito* tiene una interpretación cerebral

de las corridas. El público, que compra por unas pesetas su derecho á ser cruel, quiere que los lidiadores estén siempre bien, aunque las malas condiciones del ganado, ó el estado anímico de los toreros lo imposibiliten. Algunos matadores prefieren sacrificarse á ser silbados. Esto es estúpido. El *Gallito*—consciente— cree que se debe estar bien cuando se puede. Y si no salir del paso de cualquiera manera.

„Esta interpretación lógica, se completa con la explicación de las “espantás”. Las “espantás” no son otra cosa que actos reflejos. El instinto, que supera á la serenidad. Cualquier espectador de buen sentido debe elogiar lo profundamente humano del miedo sin el cual no existirían los toros, que son la fiesta del miedo.

„Otro factor importante: El meridionalismo, el gitanismo del *Gallo*, que está ganado por todas las supersticiones, y que es valiente ó está presa de terror, según los auspicios. Como los toreros se han prostituído, y algunos saben francés y algo de fotografía, no se estima en lo que vale el pintoresquismo de este torero gitano, que aun gasta camisa con chorreras y no ahorra dinero, ni ciencia, ni salud.

\*\*\*

„El público se indignaba anteayer porque el *Gallo* no se arrojó á morir ó á matar al ver salir los cabestros. ¿Por qué? Eso que lo hubiera hecho el *Machaquito* no es digno del *Gallo* que es estoico, indiferente y desdeñoso con la multitud, la única fiera. En el gesto del *Gallo* dejándose llevar el toro, vemos todo su orgullo.

„—¿Y á mi qué, si yo sigo siendo el mismo?

„Admirable.

„Tampoco tiene derecho el público á indignarse porque el *Gallo* clavara varias veces el estoque. ¿No es ridículo el sentimentalismo del público que compadecía al toro y sacrificaba millares de toros todos los años?

„La silba de anteayer al *Gallo* fué, por parte de la gente, la venganza de su impotencia. El público de la plaza es como un león enjaulado, que ya que no puede desgarrar, ruge. Además, yo creo que el *Gallo* ha leído el Kempis.

\*\*\*

„Diez y ocho minutos son poco tiempo para matar un toro. Algo más tardamos en comer un biftec, que es un fragmento de toro.

„El *Gallo* es un artista que se recrea toreando, y se olvida á veces de que pasa el tiempo.

Por esta razón cronométrica, no tiene importancia lo sucedido anteayer.

„Hay más puntos de vista para defender á este torero. Por hoy son suficientes los expuestos. Los restantes se irán desenvolviendo conforme le vayan echando toros al corral“.

Al día siguiente hacia el *Gallo* LA FAENA ÚNICA.

## IX

## !!! Ey, Carballeira!!!

Pero, ¿cómo fué aquello?

¿Y quién es capaz de describirlo? ¿Se puede alguna vez describir, hay alguien que sepa describir una faena del *Gallo*?

—¿Ha visto usted — me decía, en una ocasión de éstas, cierto buen aficionado — que cuando el *Gallo* hace una gran faena de las suyas no hay modo de saber cómo fué? “Hizo una faena magistral”, escribe uno de ustedes. “Dió una serie de pases artísticos, emocionantes”, pone otro. “Aquello fué indescriptible”, dice el de más allá... Y si somos los aficionados, no nos saque usted de “¡Oh!”, “¡Ah!”, “¡Colosal!”, “¡Maravilloso!”, “¡Estupendo!”, “¡Una faena del *Gallo*!” ...